

Juan Gañafote

INTRODUCCIÓN

Este Andévalo de milenarios encinares y minas, los primeros olvidados y las segundas abandonadas, es quizá la comarca más adusta y pobre de nuestra Andalucía.

Sin embargo, me es imposible, al tomar la pluma, no sumergirme en esta tierra andevaleña que me rodea:

El LÉXICO, variado o desconocido, puede ser un motivo; las peculiaridades de LOCALIZACION pueden ser otro, o bien puede ser algún tema SOCIAL del mismo entorno.

En JUAN GAÑAFOTE se dan los tres de los que hacemos un sucinto repaso.

*El LÉXICO, una parte de él no recogido en el DRAE y otra, ni tan siquiera en los diccionarios de uso o vocabularios localistas, lo tenemos en esta comarca andevaleña. A veces este léxico se entronca con el galaico-portugués o extremeño, o lo hace con el castellano-leonés; no hay que olvidar que El Cerro de Andévalo, a cuya pedanía pertenecen Los Montes de San Benito, centro de nuestro relato, llegó a ser **repoblado por castellanos**. Sin embargo, hay vocablos que campean libremente sin que en ningún sitio haya constancia de ellos. Uno de nuestros objetivos es DIFUNDIRLOS para que no se nos pierda esa riqueza léxica.*

*La LOCALIZACIÓN no deja de ser apasionante. De **Montes de San Benito**, o al menos de su ermita, se habla ya a principios del siglo XV; en la actualidad esta ermita está hermanada con*

el monasterio de Silos. Tharsis y Cabezas Rubias son también dos lugares secundarios del tema. **Tarsis** nos remonta al Tharsis bíblico y fenicio de las piedras preciosas; **Cabezas Rubias**, a la Ad Rubras de los romanos.

Por último tenemos el mismo nombre de la comarca, **Andévalo**, que nos lleva a las procedencias ancestrales de la diosa Baal y del dios Endovéllico.

Lo SOCIAL viene siendo puntual en cada caso, aunque en este acentuado por el enclave en que se da el relato. Hoy la **frustración** llega hasta los rincones más apartados y a todos los rincones, también, ese intentar salir de ella por los **efugios** más fáciles. Para acercarnos un poco a la obra, damos la letra de un conocido fandango:

Yo me senté en una piedra
Por no tener donde sentarme,
La piedra al verme tan pobre
Se rompió por no aguantarme:
Pobre del hombre que es pobre.

Un maestro, **en su primera noche de un nuevo curso**, da pie para llevar a cabo los tres motivos, mientras evoca **dando saltos en su memoria** sus treinta años de aldea. Estos saltos llegan a encajar y a formar, todos juntos, una sola unidad: Juan Gañafote.

El autor.

EVOCACIÓN PRIMERA

Al fin sus manos temblorosas dieron con el ojo de la fechadura. Torció la llave y empujó el postigo. Una bocanada de aire viejo le bañó la cara; esa cara más vieja ya que todo el aire reconcentrado. Corrió el fechojo y, venciendo las hojas, dejó su escuela de par en par.

Pudo dirigir su mirada al encerado donde aún se podía leer: "Feliz verano, don Ramón"; o a su mesa, mucho más alta del polvo acumulado; o a aquel mapa descascarillado que se mantenía solo por la alcayata de un extremo. Sin embargo, su mirada apagada se fue allá al último banco, a una punta del último banco; a la punta del banco donde a Juan Gañafote le gustaba sentarse; en esa punta en la que Juan Gañafote siempre se sentó.

Cuando don Ramón llegó a los Montes, era un imberbe de veinte años; desde lejos, a los cuatro vientos, pregonaba su enclaustramiento de ciudad; su blanca cara regordeta, de rollizos cachetes sonrosados, dejaba entrever, además, a una criandera de buena casta. Mas el verlo entrar de nuevo en la misma clase, treinta años después, nadie podría pensar que aquel don Ramón fuese este don Ramón de tez demacrada y negra.

Cansino desempolvó con su pañuelo húmedo y, dejándose caer en el sillón, se acodó en su mesa.

Quién le iba a decir que aquel alumno, entrañable, que siempre había sido la alegría de cuantos le rodearon, **estaba ya, tan joven, entre la vida y la muerte.**

Últimamente, por los veranos, los gorriones solían tomar la clase como suya; levantaban tejas y tejas; volaban de testero a testero y saltaban, a placer, de banca en banca. Otros años, no; otros años Juan Gañafote al que se le hacía responsable de la llave los llamaba al orden. Pero este año...; este año el armario luce un color de excrementos blanquiazules como lo luce el entarimado, la mesa o el sillón.

Don Ramón, como si respirara para poder seguir con vida, saca de su bolsillo su reloj...; continúa a la espera; a la espera y recordando...

Era un principio de curso como este cuando una vieja camioneta, empolvada, traía a don Ramón de la ciudad:

-¡Maestro, este es su apeadero! -gritó el chófer-. Y cogiendo su maleta, la misma que días antes había estado abarrotada de pertrechos militares, se lanzó a tierra.

El alcalde, pedáneo, lo esperaba con una burra un tanto jaezada. Cargó su maleta a lomos del animal y, con sentado paso, emprendieron camino del caserío.

De vez en cuando, a lo lejos, se vislumbraba alguna que otra casita entre los encinares verdinegros. Había llegado a estudiar don Ramón, en sus libros, los nombres de las distintas casas de labor; sin embargo,

este de monte no lo había oído nunca jamás.

Para don Ramón las estrellas, esa noche, brillaban allá en el cielo más que nunca; el aire corría más puro que nunca; y como nunca olían los campos a fresco para don Ramón.

A un lado y en todo lo alto, se dejó ver por momentos, la llama débil de un candil.

- Tío Diego, aún trastea -dijo el pedáneo.

Don Ramón, abstraído, pareció no oírle y siguió al paso que le iba marcando la soñolienta burra. Poco después, al coronar una cuesta, se dieron de lleno con muchas más llamitas que, tras unos ventanucos, **luchaban en vano** por agruparse y tomar fuerzas. Don Ramón había llegado a su destino.

El pedáneo lo acompañó hasta la que iba a ser su casa y quiso, amablemente, que visitara la escuela y recorriera las tres calles principales; pero se encontraba cansado:

- Gracias, amigo; estoy como si me hubiesen apaleado -se apresuró a decir don Ramón.

Nuestro maestro nunca se explicó, ni podrá hacerlo, cómo después de tantos traqueteos en la

destartalada camioneta, de una buena caminata por trocha más bien que por camino y, después de un silencio casi sepulcral en contraste de donde venía, no hubiese pegado ojos. Posiblemente tantos años ilusionado con tener un alumno lo hubiese desvelado ahora que estaba a un tiro de piedra para lograrlo. Lo cierto es que, al alba, don Ramón se encontró en el umbral de su escuela:

-¡Buenos días! -se atrevió a decir el primer alumno que llegó con su alma en vilo.

-¡Buenos días! -contestó el maestro con toda su alma.

-¿Cómo te llamas? -siguió don Ramón preguntando.

-¿Yo?... ¡Juan! -respondió el alumno.

-Juan ¿qué? -volvió a preguntar don Ramón.

-¡Ah!, ¡Gañafote! ¡Juan Gañafote! -contestó el alumno.

Quizá por ser el primer alumno con el que había hablado, quizá por esa disposición incondicional o quizá por ese aire tan noble que lo envolvía, Juan Gañafote iba a ser, desde ahora y para siempre, el alumno predilecto de don Ramón.

Las tres calles, las tres en piedra viva, forman como una hache a vista de pájaro. Una sube de sur a norte suavemente; otra, paralela, baja de norte a

sur en picado; la tercera une a las dos anteriores con altibajos: sube al principio, baja al poco y, por último, vuelve a subir en un repecho bien pronunciado. En los alrededores algunas callejuelas se unen sin mucho orden a las primeras. Pero tanto unas como otras forman la aldea de Los Montes.

Al maestro, desde el principio, se le franquearon todas las casas; sin embargo, la de Juan Gañafote, la de los padres de Juan Gañafote, no solo se le franqueó, sino que llegó a ser muy de él:

-¡Adentro, maestro! -invitaba Sebastián, padre de Juan Gañafote, un tanto encorvado, con ojos saltones y nalgas desproporcionadas, secuelas, todo quizá, del mismo oficio.

-¡Buenas tardes, maestro! -complacía don Ramón-. Y, sin tardar, el maestro Sebastián apelotonaba leznas y cerotes a un lado de su mesa de trabajo y, en el otro, ofrecía a don Ramón un chato de blanco y un buen plato de tomates rajados con sal; mientras, él seguía dando puntadas en el cuero y buches en el aguardientillo.

Cuántas horas llevaba don Ramón en su agonía, no se sabe; mas la luna, en todo lo alto, filtraba sus rayos por las rendijas de un ventanuco, de los que algunos daban de lleno en el último banco.

Si don Ramón era un chiquillo como maestro, que

había nacido con el toque de queda de nuestra guerra, Juan Gañafote era un hombre como alumno, que había nacido poco después. Juan Gañafote, curtido al aire y al sol del Andévalo, mostraba un bozo bien maduro, y don Ramón, oreado solo por la brisa del mar, un bigotillo muy incipiente.

¡Qué traicionera es la imaginación! Don Ramón quiere seguir, paso a paso, los pasos de su alumno, pero no lo consigue; él quisiera ver claro cuándo Juan Gañafote dejó de ser alumno de él o cuándo él dejó de ser maestro de Juan Gañafote. No obstante su mente se ofusca y salta, como él no quisiera, de un tiempo a otro, de unos hechos a otros.

Que Juan Gañafote está entre la vida y la muerte lo sabe muy bien toda la aldea; don Ramón, también. Que cuarenta años son muchos años, pero no tantos para morir, también lo sabe la aldea y lo sabe don Ramón. Mas don Ramón sabe, que no la aldea, que Juan Gañafote, su alumno, muere porque **él, él mismo, buscaba su muerte;** ansiaba su muerte.

Cerca de Los Montes hay un monasterio; benedictino. *Más de una tarde, más bien muchas, don Ramón daba la voz de paseo a sus alumnos y los alargaba hasta sus alrededores. Al salir de la aldea, desde el Pozo la Guerra hasta la choza de tío Diego, los chiquillos iban silenciosos y con recelo por aquello de las tumbas moras del Cerquillo;*

pero después, tras darles riendas sueltas, cada uno se comportaba como era; cada uno daba de sí lo que era:

No es raro, todo lo contrario más bien, que un maestro vislumbre, sin necesidad de hurgar mucho, el futuro de sus alumnos. En Los Montes, con apenas una docena de ellos, era un pasacalle para don Ramón.

-¡He "visto" suerte! -gritaba Santiago el del Cerreño mostrando sus buenas tazas y, como si se las fueran a arrebatarse, se escabullía en un abrir y cerrar de ojos.

Antoñillo, el de Malospelos, era otro de la misma ralea; otro vilorio embarbascado siempre en cazcarrias. Este, cuando llegaba a encontrar un mato, no se lo decía ni a su padre. Juan Gañafote, sin embargo, no; Juan Gañafote tan pronto como daba con un témpano gritaba y gritaba:

-¡Una cruz!; ¿quién quiere sacarlo? ¡Una cruz!; ¿quién quiere sacarlo?

Y, al momento, se veía rodeado de una chiquillería ansiosa de hincar el pincho y sacar el gurumelo.

Por San Juan, con las piñas, hacía otro tanto; si su copa estaba cuajada gatinaba a la pingola y en un

dos por tres igualmente llenaba el borrajo de ellas y, en un dos por tres, a todos hacía partícipes de las mismas.

Juan Gañafote estaba escuchimizado; y, aunque lo cierto es que en la aldea y en estos años nadie podía presumir de hermosura, Juan Gañafote era el no va más: en su piel morena, más negra que morena, bien se podía estudiar hueso por hueso el esqueleto humano; esto, unido a una agilidad innata y a unos ojos que le bailaban, Juan Gañafote podía, si hubiese querido, haber sido siempre el gallito a cuanto se jugase. Mas de forma que todos corrieran la misma suerte, Juan Gañafote se dejaba pegar el zurriagazo, daba un traspié en la piola o se quedaba al descubierto cuando al jilo negro. De ahí que, por esto y por todo, ese tino que tiene la sabiduría popular al poner mote, le diera el de Gañafote; y de ahí que, por esto y por todo, don Ramón siempre augurara lo mejor en el futuro de su alumno.

En un principio, cuando empezó a rumorearse el tonto de Gañafote con Pepita, no le daba don Ramón más importancia a los aspavientos de su alumno que a los propios de la edad. No obstante, don Ramón sentía que

pasaran las semanas sin que diese la cara por la escuela. Y, por supuesto, con lo que ya no podía contar con él era para preparar los botellones de anilina y rellenar luego el plomo de los tinteros.

Sebastián lo decía por lo claro:

-Este "joío" no puede ver ya el banquillo, don Ramón. Este "joío" se emperifolla y coge cuesta abajo estirado como un marqués. Lo tiene engatusado. Está visto, don Ramón: más tiran dos tetas que dos carretas como dice tío Diego.

Pepita, sin embargo, era una muchacha tan hacendosa como alegre; siempre espergañeando; a primera hora, barruscaneaba la puerta; después reponía mantillo a sus pilistras y las regaba; al rato se la veía por el postigo desempolvando con el jarbierno; por último correteaba la tienda un montón de veces; y, a todo, a cada una de sus faenas le iba poniendo su cancioncilla o tarareo. Una muchacha, ni más ni menos, como cualquier otra del lugar que no tiene sino adonde no ir.

En la puerta, que seguía de par en par, ha revoloteado una zamalla.

Don Ramón se estremece; hace un esfuerzo y, ayudándose con el ábaco, se incorpora. Con paso torpe, toma calle abajo; esa calle que, en otra ocasión como esta, no pudo corretear por cansancio.

El caserío duerme; la luna en los tejados de las casas y en las copas de las encinas, también. Solo don Ramón, como alma en pena, vaga sonámbulo...

EVOCACION SEGUNDA

La casa de Sebastián, así como todas las del caserío, difiere mucho de la de cualquier otro monte aislado. La de Sebastián, como todas las de aquí, se ha construido en arropamiento con las demás. Por eso, ahora, Los Montes no es ni más ni menos que una aldea como otra cualquiera de otro término distinto. Eso sí, por las pendientes, no hay dos que iguallen caballetes y sus tejados llegan a formar gigantescas escaleras. Algunas, a su puerta, lucen una laja que se aprovecha para tomar el sol en las mañanas de invierno y el fresco en las noches de verano.

Don Ramón, en su deambular, ha llegado hasta la puerta de Sebastián y se ha medio tendido en su laja desnuda. Pudo muy bien, dando dos pasos hacia arriba, meterse en su cama, o seguir hasta el descampado, o bien tomar calle abajo para perderse en el mismo camino que un día le llevó hasta allí. Sin embargo, así como emprendió cuesta abajo, no giró al llegar a la tasca del Cerreño, sino a la izquierda. Subió y, dejando la casa de Pepita en todo lo alto, bajó un trecho para volver a subir la cuesta de enfrente y darse de lleno con la de Juan Gañafote.

Don Ramón, pegando el oído a los mismos batientes de la puerta, quiere entreoír el hojeo de los libros de su alumno, el chirrío de la chaveta de Sebastián y quiere entreoír, don Ramón, el tris- tris del capacho de Juana avivando su hornilla o lo que hubiese que avivar, porque

Juana, madre de Juan Gañafote, es la plenitud de la casa: la dulzura de su mirada, el esbozo de su sonrisa, sus palabras, su entrega...; no hay rincón de la casa que Juana no lo llene de amor. Mas por mucho que pega su oído, nuestro maestro no llega a percibir esta noche, sino un silencio desolador.

La casa de Sebastián tiene, tras el lumbral de piedra, una habitación con alcoba a un lado; al otro, tras un entrante, una pared corrida con hornacina, abarrotada esta de estampas y fotografías amarillentas entre las que, en un platillo de aceite, nada y chisporrotea, día y noche, una mariposa. Delante de la hornacina está siempre Sebastián en su silla de enea invadiendo con sus suelas casi toda la colá.

Luego viene el comedor. El comedor, en casa de Sebastián, lo es todo. *Unas noches al son de "Antón, Antón pirulero", se juegan prendas y, a quien le toca, cuenta o canta o confiesa lo que le toque; a veces, el cuento del canguelo; a veces, el fandango de la tierra; a veces, esa confesión que, de no confesarse, roerá el alma mientras viva. Otras noches va la mano a la baris-ca y, otras muchas, al burro:*

- Pasamadama -dice el de la voz cantante-, y las yemas de los dedos de unos y otros acarician el dorso de la mano del que llegó a quedar burro.

-Refunfuñanes -grita el mismo-, y las uñas de este, de

aquel y del de más allá, arañan esa misma mano a la que antes acariciaron.

Después entran pinches y cosquis y, al igual que con los refunfuñanes, manos avariciosas se apelotonan sobre la del perdedor como cuervos a la carroña; aunque todo, desde luego, entre carantoñas y risas. Sí, este es el comedor en casa de Sebastián y Juana. Por lo demás no va más allá de una alacena al descubierto, de un poyo con su hornilla y de una chimenea de tiro corto.

En estas veladas, ni por asomo olvida don Ramón su magisterio. Don Ramón, en cierto modo, ha venido a hacerle la competencia a tío Diego. Tío Diego no sabe mucho, sin embargo, tío Diego tiene siempre, en el momento oportuno, la palabra propia, el dicho justo para esta gente de aldea. Allá en su escuela don Ramón eleva a un estadio superior cualquier clase; así, si explica números, lo relaciona con la lógica; si verbos, con la palabra; si puntos cardinales, con la libertad. Aquí en casa de Sebastián y Juana, tampoco deja pasar por alto palo o figura alguna sin llevar a cabo su tarea: cuando oro, te habla de la riqueza; del poder cuando

*rey; y, si sale sota, conjuga la estilizada figura con la poesía. Juan Gañafote que lo escucha todo, que lo asimila todo, empezaba con estas clases a tener decisiones, empezaba a ser libre, **empezaba a estar condenado a ser libre.***

Don Ramón en ese ir y venir en sí mismo recuerda, en estos momentos, los monólogos de su discípulo cuando principiaba su crisis:

- ¡Maestro!, ¿qué me dices, ahora, de mis triunfos? ¿Qué me dices de aquella música y qué de aquella luz que yo iba a traer? ¿Cuántas falsas esperanzas me hiciste concebir! ¡No, maestro!, ¡no!; yo ya no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco.

En la laja, húmeda del relente, don Ramón evocaba estos monólogos y aquellas clases y se preguntaba:

*-¿No fui muy lejos con él? ¿Pretendía yo formar al alumno y solo formar al alumno? ¿No sería que **huyendo de qué o quién** me excedía no por él sino por mí mismo en mi menester? ¿Por qué treinta años en estos andurriales? Los alumnos -se decía después-, ¿son todos receptores por igual? ¿No importan las circunstancias? **¿Se puede poner alas a quien no va a poder volar?***

Don Ramón, cuando llegaba a este último punto, dudaba de cuanto en las aulas le habían enseñado, y seguía preguntándose:

-Cuando aquel maestro proclamaba no dejar punto alguno sin tocar ¿tenía razón?; ¿no la tendría más bien aquel otro al afirmar que lo que importa es lo útil y no el saberlo todo?

-¡Qué pena! -se dijo don Ramón, dando un salto en su memoria-. ¡Qué pena! -se repitió a sí mismo-; y un frío, ese frío interior que hiela las almas, heló la de nuestro maestro en un instante. La estampa que antes le hacía enfurecer, ahora le hace temblar; antes apretaba manos y mandíbulas con rabia; ahora, no; ahora, con los años, manos y mandíbulas se le quedan flácidas, derrotadas. Esa estampa de su alumno, tan joven todavía en aquella ocasión, pegando trompicones entre las risas de todos, le daba miedo ahora; ahora, le daba mucho miedo:

Tras la colá, en casa de Sebastián, llega ese comedor que ya conocemos. En este una puerta de postigo, tranca y gatera separa al mismo del corral. Aquí, a la izquierda, un alpende; a la derecha, un horno para media fanega; al fondo una cochinera y parra de uvas negras. *En la cochinera, con pocos desperdicios, un guarro empezaba su montanera cada año y, cada año, en el alpende, el guarro hacía entrega de toda su montanera. Ese día, día de matanza, los hombres hacen alarde de sus fuerzas;*

arremangados, luchan con el guarro, lo atan y lo cuelgan de una romana, mientras los gruñidos del animal recorren la aldea de una parte a otra; luego lo tienden sobre una mesa y, sujetándole patas y manos, apretándole el hocico, le clavan el cuchillo de garganta a pescuezo; lo chamuscan con abulagas, le raspan el pellejo hasta dejarlo sin cerda alguna y del mismo color que el de un gurumelo recién pelado, y, por último, lo abren en canal y se lo entregan a las mujeres.

Ese día, día de matanza, las mujeres con el empuje que tienen cuando están en reunión, se permiten también ciertas veleidades. Ese día las mujeres arremangadas igualmente que los hombres, bromean con las tripas largas del cochino; pringan con despojos a cuantos pasan cerca de los lebrillos donde embuten e intentan pinchar a los más apocados. En esta ocasión las chanzas de las chacineras le tocaron a Juan Gañafote:

-¡El hombre guapo que huela a vino y tabaco! -le decían unas.

-¡Que se te vea que eres hombre! -le decían otras.

Y Juan Gañafote por ser hombre, siendo más bien niño,

*y por oler a vino y tabaco, creyéndose guapo, se empu-
rraba una y otra vez la lata de vino y, una y otra vez,
hacía pez y pez con los cigarrillos que le liaban.*

*El agrio olor de las vomitonas de aquel día en la
alcoba de la casa, iba a ser para don Ramón un flagelo;
un flagelo para el resto de su vida.*

E V O C A C I O N T E R C E R A

Ahora en los rochos más altos de la calle de en medio, don Ramón acaricia el lomo de Blanca. El animal desde que se llevaron a su amo anda medio tonto. Esta noche la perra allá en la puerta de Sebastián ha despertado al maestro lamiéndole las manos y, como sin querer, se lo ha traído hasta la casa de Pepita; hasta la puerta de la casa de Juan Gañafote y Pepita.

"Maestro:

No sé si usted se percataría de mi estado de excitación en esos días anteriores a sus vacaciones. Tenía que haberme sincerado con usted, pero sentí miedo; miedo no a usted, sino a que no me salieran las cosas como al final, ¡bendito Dios!, me salieron".

En estos momentos una sonrisilla aparece en los labios de don Ramón; no parecía sino que estuviese viendo a su alumno tantos años atrás, tembloroso, escribiéndole la noticia.

"Recordará, maestro, -seguía haciendo memoria don Ramón-, el pirulito de la noche de San Juan. Yo le vi pasar a usted, muy temprano aún, camino de su casa. Esa noche Pepita estaba preciosa y, más de uno, nos aguin-

damos a ella. Yo estaba seguro que a nadie le salía en el pecho una bola tan rara como a mí. Nos dio calabazas; pero por San Pedro fui yo quien se llevó el gato al agua. En septiembre le seguiré contando".

Don Ramón sin dejar de acariciar el lomo de la perrilla se centra en esa noche del pirulito: Hacía calor; algunos, en las adelfas que cubrían el tronco, habían colgado sus chalecos. En la copa, adornada con guirnaldas de colores, una pepona mostraba, por entre las agujas verdes del pino, su barrigona, sus cachas y sus mofletes. El corro, dando vueltas, cantaba lo mismo que cantara un día el corro de sus padres o el de sus abuelos:

*Día de San Juan alegre,
día triste para mí,
porque Juanito se llama
la prenda que yo perdí.*

Don Ramón ha seguido para su casa; junto a la puerta, incluso desatrancando ya, aún oía el estribillo del corro que se perdía calle arriba:

*Eco, eco que tengo un chaleco;
eco, eco de tira bordá;
eco, eco ...*

"He estado en su casa, más que por ventilarla, por si encontraba algo nuevo que leer o releer. Elegí unos zorongos lorquianos; supongo que, después de lo que le acabo de contar, se imaginará usted el porqué".

Don Ramón imbuido en las letras de su alumno, no tiene que hacer mucho esfuerzo para traerlas a su mente; por otro lado no quiere dejar pasar por alto punto alguno y, como si se las estuviese transmitiendo al animal, continúa:

"Ha llegado un sobre color sepia, como el de la nominilla. Esta tarde iré a Rubias y se lo remitiré. Mis padres dan sus recuerdos. J. Gañafote".

Tampoco deja atrás, don Ramón, la post data:

"Lo de 'aguindamos' me ha salido de pronto y usted bien me tiene dicho que, sin abandonar las normas, no renuncie nunca a lo del terruño. Así queda por tanto. Vale".

La casa de los padres de Pepita tiene un cuarto más que la de Sebastián y Juana. De ahí que cuando Juan Gañafote y Pepita se fueron a casar, las familias no tuvieran que quebrarse mucho la cabeza para decidir dónde iban a poner el lecho nupcial de los jóvenes. De todas formas no sería por mucho tiempo ya que Juan Gañafote tenía entre ceja y

ceja dar el salto a la ciudad.

La boda se celebró por todo lo alto y con muchos invitados. En el comedor las mujeres alrededor de la mesa de camilla, donde no llegaron a faltar las garrapiñadas ni ese queso, de fama mundial que, por sus manos tan frías Josefa, madre de Pepita, elaboraba como nadie en Los Montes. Los hombres, en el corral, hacían corrillos junto al naranjo y al brocal del pozo, donde tampoco faltó por supuesto, ni el blanco de Beas ni el destilado de Zalamea.

En las bodas las mujeres gozan de la misma liberalidad que en las matanzas; por ello las jóvenes en obligado aprendizaje, saltaban de comedor a corral y de corral a comedor sin llegar a sentar culo.

De los hombres, el que sobresalió fue el pedáneo. Primero por el blancor de su camisa; en Los Montes, la camisa blanca, esa blanca camisa alcanforada en el fondo de los halcones, se impone en estas ocasiones; mas así como esa blancura viene siendo pareja en la camisa de unos y otros, en la del pedáneo descuella, y mucho, de las de los demás. Por otro lado el pedáneo llevó la voz cantante en todo momento. El pedáneo

tenía un transistor con el que se empapaba de noticias desde primera a última hora:

-Pues sí, -decía el pedáneo-, los americanos han pisado tierra; bueno, ¡luna!, porque lo que han pisado es ¡luna! -añadía en tono de humor-.

-Pues yo creo -replicaba uno del montón- que eso son gamboas. ¿Pisar la Luna! Eso son artimañas que hacen los americanos para acojonar a los rusos.

Las conversaciones pasaban de una a otra sin llegar a cuajar alguna. No sabemos, por otro lado, qué le dirían las mujeres a la novia cuando se encontraban a solas con ella, pero sí lo que al novio le soltaban los hombres en el corral:

-¡Qué buena noche!, ¿eh? -le decían unos.

-¿Se está nervioso? -le preguntaban otros con sorna.

Antonio, el padre de Pepita, que se quedaba con la copla de todo sin intervenir, sacaba del pozo botellas frías y volvía a meter otras para enfriar en una cestilla de caña. Allá, al fondo, en la puerta del cuartillo que Antonio tenía como cuadra para empesebrar a su burro, Santiago y Antoñillo, hechos ya unos mandriones, punteaban la bandurria y canturreaban al

estilo de la tierra; al estilo cerreño. Santiago, en un punto, alzó la voz y cantó para la concurrencia:

*De San Benito he venío,
no hecho más que llegar,
echarle pienso al caballo
y venirte a visitar:
de San Benito he venío.*

Antoñillo, picado, se lanzó también:

*Yo soy barbero y afeito
a San Benito el cocote
con un calabozo viejo
que me dieron en Los Montes:
que en Los Montes me lo dieron.*

*Don Ramón, que desde las vomitonas de su alumno no se había vuelto a poner corbata, estuvo ese día dando bandazos, cumpliendo más bien, de comedor a corral y de corral a comedor, sin sentar culo como las mismas jóvenes. Ahora don Ramón, después de tantos años, hace esfuerzos por saber si Juan Gañafote el día de su boda llegó a tomar esa **copichuela** de más o de menos, sin llegarlo a conseguir.*

El tiempo que media del sí de Pepita como novia al sí de Pepita como esposa, Juan Gañafote pasa por dos etapas muy diferentes. En la primera, tortolito arrullador; en la segunda, además de esto, se apresta a cuanto sea necesario por alcanzar una posición con la que pueda consolidar ese sí definitivo por el que vive y muere:

El despertador del pedáneo, que rinrieaba en el mismo centro del caserío, espabilaba a media vecindad. Al principio Juan Gañafote estuvo mucho tiempo con él saltando de la cama para correr a la escuela. Cuando el resto de los alumnos llegaba, el afán de Gañafote había anotado, en su libreta de grapas, todo lo visto, leído o escuchado. Esto enorgullecía a don Ramón y llegaba a decirle:
- Gañafote, triunfarás y traerás música y luz a esta aldea sorda y oscura.

Más tarde al sonar aquel mismo rinrín y en la misma casa, hacía horas que el tortolito había empezado su arrullo, bebiéndose los rochos de una calle a otra. Llegó a conocer Juan Gañafote qué fechillo corría el primero

y qué fechillo, el último; qué postigo sólo se entreabría y cuál quedaba de par en par; así como la hora exacta en desatrancar cada una de las puertas. Cuando lo hacía la de Pepita, Juan Gañafote se hallaba allí, con sus manos desbordantes de las primeras margaritas, de los primeros lirios o de las primeras flores de jaras; Pepita, de entre los manojos que recibía, apartaba aquellas flores de botones más duros y vistosos, las ensartaba y, con ellas, hacía diademas y cruces con las que adornaba su frente o su cuarto. Por las tardes, de la mano, se fundían en los caminos y, con rama de brezo o romero, Juan Gañafote, en el suelo polvoriento, intentaba enseñar a escribir y leer a Pepita con rasgos de amor. En ese amor de locura, Juan Gañafote llegaba a exclamar:

-¡Dios no es Dios, sino Diosa... y Pepita su más perfecta imagen!

Poco más tarde, cuando Juan Gañafote se da cuenta que ni con libros de momento, ni con idilios, solo con idilios, llegará a culminar su unión con Pepita, empieza a poner, con vista a ello, los cinco sentidos. Más que nunca, junto a su padre, encerota

cabos; más que nunca, da puntadas; y, más que nunca, clava tachuelas. Sebastián, entre broma y serio, llegará a decir:

-¡Este no es mi Juan!; ¡me lo han cambiado!

Y a don Ramón le decía algo parecido:

-¡Este no es su alumno!; ¡se lo han cambiado!

Como con los puntazos tampoco había para mucho, Juan Gañafote empieza con las mismas peonadas que los de la tierra. Unas veces, con una cestilla de cañas, un pincho y una gorrilla de visera, se da a los gurumelos, que venderá después en La Mina, lo más caro posible sin ser adrollero. Otras, con una espingarda y una perra de punta y vuelta, agenciadas nadie sabe cómo, se va de hechío en hechío tras los conejos, para terminar de nuevo en La Mina con la misma operación. Con igual empeño Juan Gañafote apaña bellotas, levanta rodeás y hace cuanto se le viene a mano. Ahora bien, a sus salidas y entradas, no hay más Dios ni Santa María que su Pepita.

La luna, muy baja ya, alarga las sombras de don Ramón y Blanca, fundidas, hasta la cuesta de enfrente. La perra, faldera esta noche, ha empezado a tiritar entre las piernas de don Ramón y lo ha hecho estremecer.

Los ojos, tanto de uno como de otra, están cerrados, pero sin fuerzas; bien se nota que siguen viendo, ¡y mucho!, allá en sus interiores. Blanca se levanta y, perezosa, se llega hasta rozar con su hocico la misma puerta de su amo. Olfatea y empieza, gimoteando, a meter sus pezuñas entre las hojas con intención de forzarlas.

-¡No luches, Blanca! ¿no sabes que tu amo no está? -dice don Ramón.

El animal, abandonando la intentona, dobla la cabeza y lo mira triste.

-Tu amo -continúa don Ramón-, nos deja. Nos dejó quizá, hace ya mucho tiempo; poco a poco, nos fue dejando. ¿No recuerdas aquella noche que nos fuisteis a esperar tú y la aldea toda, unos al cruce y otros al Pozo la Guerra?; ¿aquella noche en que tu amo, con el traje oscuro de su boda, regresaba de oposiciones?; ¿aquella noche que trajo para ti un collar, hoy viejo ya, de plateados caireles? Aquella noche, Blanca, pudo ser, fue sin duda, el principio del fin.

Blanca, que había estado atenta al maestro, se vuelve y empieza de nuevo a hurgar en la ranura de la puerta.

Cuando Juan Gañafote se casó, puso como su padre un banquillo tras la puerta; y, tras la puerta, puso también un tenderete de libros. No era raro ver a nuestro joven zapatero con zapato y lezna en las manos y libro abierto en el mandil, alternando remiendos y

capítulos. En su empeño, Blanca, que conoce bien el terreno, ha conseguido atrapar una tira de badana con la que, ahora, se entretiene, volteándola con su hocico a los pies de don Ramón.

EVOCACION CUARTA

La llama salía indecisa por la boquilla del carburo; daba un fogonazo y, al instante, volvía a su ser; parecía, y bien, la lengua de un pasmanta, remedando en la oscuridad. A todo esto, a cada fogonazo, la llama se hacía acompañar de ruidos y silbidos como una locomotorilla que subiera y bajara, bajara y subiera, .por cuevas y cuevas.

-¡Buenos días, don Ramón! -dice José el Cerreño, dueño del Bar Andévalo.

Don Ramón, en un rincón de la tasca, se ha dejado caer en una silla de enea; en ese mismo rincón y quizá en esa misma silla querencia de su alumno.

-¡Me alegro verlo! -añade José.

El día, que rompe, está cuajando de irisaciones las carcomidas alfajías.

-¿Café, don Ramón?, -continúa José.

Pero don Ramón no oye; en los oídos de don Ramón solo bullen las palabras que, unas horas antes, le balbuceara su alumno, postrado en una cama de la ciudad: "Gracias, maestro... **¡si se pudiera volver a empezar!**"

Nota José el agotamiento del maestro y le sirve un café corto; ese café cortado que siempre tomaba don Ramón cuando aparecía por allí.

José es tranquilo, pastoso; lo hace la tierra. Sin embargo, en sus destartalados pasos de cojitranco, va formando, en la pared, cientos de vertiginosas imágenes espectrales a la luz del carburo.

José, en voz baja, como temiendo herir y queriendo animar a la vez, vuelve a insistir:

-Y de Gañafote ¿qué dicen los médicos? ¿Hay algo nuevo?

A esto, sí. A esto don Ramón ha levantado la cabeza y, mirando fijamente al tabernero, contesta:

-¡Nada! ¡Nada nuevo!

Entre sorbo y sorbo don Ramón recorre con sus manos el hule del velador, negro de cientos de colillas consumidas a su cara, como buscando esas otras manos que tantas veces recorrieran ese mismo tapete.

Don Ramón sufre, en estos instantes, lo que sufrió aquel día en el que su alumno bebía con insaciable ansiedad en este mismo lugar. *¡Cómo apretaba la copa entre sus manos! ¡Cómo, en un santiamén, se la empuurraba! Unas veces, en fugaz respiro, su mirada como dardo se incrustaba en los desconchones de la pared; otras, perdida, revoloteaba allá por los palos y telarañas del techo; después volvía a apretar su copa y a empuurrársela de nuevo. Aquel día don Ramón sufrió en sus carnes un fuerte mazazo. Aquel día don Ramón se dio cuenta que su alumno no era un vicioso. Aquel día don Ramón se dio cuenta que su alumno estaba enfermo.*

Cuando Juan Gañafote regresó de la ciudad aún le quedaba alguna ilusión, aunque, eso sí, la ciudad había perdido para él si no todo, mucho encanto; ese ruido permanente de coches, de fábricas o sabe Dios qué; esos humos que salen por chimeneas altas y que se revuelven endiabladamente contra uno; esos olores putrefactos que suben de las rejillas y se van reconcentrando en las esquinas para darte la bocanada; ese ir y venir siempre con prisas, sin unos buenos días o sin un hasta luego;... Todo eso, y la fonda para colmo, han ido mellando la imagen que el joven de Los Montes se había formado de la ciudad.

Juan Gañafote es muy querido en su aldea. Es más, el hecho de sobresalir en ciencias o letras no dejaba de ser un orgullo para todos. Aquí, en Los Montes, el dolor de uno es el dolor de todos; la dicha de uno, la dicha de todos o de casi todos. Por su parte era Juan Gañafote el primero en sumarse a este sentimiento aldeano, por eso, Juan Gañafote, nunca llegó a alardear ni de ciencia ni de letras; él, lo que tenía era como un algo de todos, de la misma aldea.

-¡Buenos días, Benita! -se adelantaba Juan Gañafote con vehemencia a la dueña de la tienda.

-¡Adiós, Gañafote! -contestaba Benita.

-¡Buenas tardes, señor José! -dice poco después Juan Gañafote.

-¡Adiós, Gañafote! -respondía señor José, sentado a la puerta de su Bar.

Así, día a día, recorría antes, mañana y tarde, Juan Gañafote su terruño y así lo ha recorrido últimamente, solo que su semblante demudado y el deje apagado de su voz hacen que este Juan Gañafote no sea, para unos y otros, el Juan Gañafote que siempre fue.

Antes, cuando daba los buenos días o las buenas tardes, la viva mirada de Juan Gañafote buscaba y encontraba la mirada de su gente; sus saludos no eran un mero formulismo, sino que, cargados de amor, de ese amor que manaba sin duda del seno materno, los ofrecía. Ahora, al dar sus buenos días o sus buenas tardes, la mirada muerta de Juan Gañafote se desviaba a la cal de las fachadas, a las sejillas embarnizadas de los umbrales, o bien la dirigía, corriente adentro, hasta el mismo corral. Y es que, con estas imágenes, Juan Gañafote intentaba borrar de su mente esa estampa fantasmagórica de su aposento en la ciudad:

En el portón de

la pensión, una placa del Corazón de Jesús, plateada en su tiempo, vigilaba el zaguán. Después una escalera repartiendo muchedumbre se perdía en las alturas.

Tras el portón, un pasillo largo y estrecho. A la izquierda de este, una pared corrida, revenida y llena de desconchones, llegaba hasta pasada la salita que hacía de comedor. A la derecha tres cuartuchos; en el primero una serie de camastros; un palanganero cuyo espejo, en tengueregue, hacía mucho que había perdido su bruñido; en uno de los testers, un palo largo cargado de perchas, y en otro, un ventanuco por donde no entraba ni luz ni aire, sino la algarabía del vecindario. Allí apretujados roncaban más que dormían, un montón de individuos con pelambreras. De los otros dos cuartos, nunca el monteño vio otra cosa que no fuera oscuridad.

Lo que en unas horas la mente de una persona puede recorrer es asombroso. La de don Ramón esta noche lleva mucho camino; y salta, sigue salta que te salta de unos hechos a otros:

Para don Ramón tío

Diego no fue nunca sino un sabihondo aldea. Aquel rasguño de bala que le hiciera inválido de guerra, solo le ha servido para ser héroe en una tierra chica, sin ser la suya, y llenar garrafas de atabernado de las que da cuenta él solo allá en su medio choza. Cuando se le ve por la aldea, lleva el pecho al descubierto, luciendo, entre la pelambre, el tatuaje de una mora hecho con una tinta china de la más negra. Por otro lado no hay persona alguna que no lo haya visto si no con su curda completa, tampoco fresco. Por esto, para don Ramón, tío Diego nunca fue santo de su devoción...

Un carraspeo aguardentoso y de empedernido fumador ha roto el silencio de la mañana. La puerta falsa de la casa de Pepita da, tras un pequeño cortinal, a la escuela. Ahora el padre de Pepita, madrugador, ha montado en su burra ringada ya, y viene calle abajo tose que te tose y puja que te puja camino de su piojal. Señor Antonio aparenta mucho más de los sesenta años por los que ronda; de cuerpo recio y del mismo color que el color de su besana; parco en palabras, pero de mirada penetrante; el padre de Pepita, a solas, sabe cargar con su carga. Por ese automatismo al que le lleva el paso lento de su burra, señor Antonio, sin levantar la cabeza, ha dado los buenos días a los que pudieran encontrarse en el bar y, en su voz, se ha dejado notar una pena honda en su alma; pena que don Ramón advierte y le trae a la memoria

nuevas imágenes:

Frenético, irrumpió con ojos desencajados y con toda la sangre agolpada en sus mejillas. Don Ramón y señor Antonio compartían, ese atardecer, el mismo dolor por el estado de Juan Gañafote.

-¡Hoy, no se van a cantar en la mesa! -gritó con ímpetu Juan Gañafote, adentrándose y dando un puñetazo en el mostrador- ¡Hoy, las cuarenta se van a cantar aquí, en la barra!

Juan Gañafote, a la vez que vociferaba, iba separando a los dos hombres a empujones y tomando posición en el medio. El bar enmudeció. No se oían siquiera los altibajos del carburo que empezaba a funcionar.

-¡Sin empujar, Gañafote! -dijo el padre de Pepita.

-Contigo, ¡mejor no hablar!; ¡eres un pobre hombre! -dijo al padre de Pepita- Pero contigo ¡sí! -continuó, dirigiéndose a don Ramón- Contigo, ¡sí que tengo que hablar!

Y, Juan Gañafote, empezó a beber y a beber; y, con sus monólogos, a despotricar y despotricar.

Aquella tarde, don Ramón, arrostrando cuanto una persona puede arrostrar, oyó lo que nunca se podía haber

imaginado oír; lo que nunca tenía que haber oído; y, mucho menos, de un alumno; de su alumno preferido. Aquella tarde don Ramón oyó reproches impensables como pago a sus desvelos. Aquella tarde, Juan Gañafote reprochó a su maestro todo cuanto le había inculcado de poetas, de pensadores, de santos. Incluso, con todo el descaro y regodeándose, echó sus campanas al vuelo revelando a voces el porqué del encerramiento de don Ramón en Los Montes. Aquella tarde Juan Gañafote ridiculizó a su maestro y a los maestros de su maestro. Y, todo ello, apretando la copa entre sus manos temblorosas y echándosela a pecho, una y otra vez, en un santiamén.

La burra, cansina más por índole que por carga, debía de haber traspasado ya no sólo el Pozo la Guerra sino hasta el mismo bujío de tío Diego, mientras don Ramón seguía asociando cuanto ve o toca al encuentro que, en aquella ocasión, tuvieron él y señor Antonio con Juan Gañafote.

EVOCACION QUINTA

La tranca de la puerta seguía oscilando como la péndola de un reloj. Después de dos meses don Ramón, en el centro, miraba y miraba las cuatro esquinas. Lo que en cualquier casa es el zaguán, en casa de don Ramón es zaguán y cuerpo; bien parecía estar construida para una sola persona. Se dirigió al cuarto de la izquierda, tomó la cajilla de mixtos y dio luz a la palmatoria de la mesita de noche; más que por la lobreguez del cuarto, por rutina, pues por la puerta, de par en par, entraba ya luz suficiente para los cuatro rincones. Una cama de hierro negro con perinolas doradas y dos sillas de tijeras, que hacían de perchero, lo abarrotaba todo. Rebuscó en el bolsillo, sacó la llave y tiró de ese cajón de la mesita que llevaba treinta años sin abrirse. Cogió una fotografía y, tal como la cogió, la rompió en mil pedazos.

En el cuarto de la derecha, encendió el perico; el perico que le regalara Juan Gañafote el mismo día que le regaló a Blanca el collar. Sobre la mesa, de camilla y de estudio a la vez, se arrugaba un pañuelo; seco ya; el pañuelo de Pepita:

-Don Ramón, ¡Juan está raro! -empezó Pepita en aquella visita insólita, clavando sus ojos negros y llorosos en los claros de don Ramón-; Juan ha arrinconado sus libros -continuó-; el banquillo lo pone nervioso, y hablar, apenas si habla ya. Hay momentos que es un niño tonto y otros, una bestia enfurecida. Lloro por nada unas veces y por lo mismo vocifera otras. No distingue,

no sabe distinguir lo malo de lo bueno ni lo bueno de lo malo.

Cuando Juan Gañafote abandonó la ciudad, aún le quedaban redaños; de nuevo, se sentaba en su banquillo; de nuevo, releía libros; y, lo que es más, llegó a tomarse muy a pecho algunas mejoras en la casa. Cierta mañana, se levantó a la par del suegro y, cuando señor Antonio montó en su burra camino de su piojal, él, Juan Gañafote, se alargó hasta el lejío; allí, rebuscando, encontró unas hojas de puertas viejas que, poco después, usó como tapiales. Cuando señor Antonio volvió ansioso de arramplar la puchera y relamerse como de costumbre, Juan Gañafote había adosado ya un cuartillo a la casa. De la ciudad, algo sí le había gustado al alumno de don Ramón: esa independencia de los cuartos de baños. Ahora, después de conocerlos, Juan Gañafote no podía consentir que su Pepita tuviera que andar con el barreño de un lado para otro, escondiéndose por cuartos o estercoleros.

Sin

embargo, poco a poco, los ánimos de Juan Gañafote fueron

viniéndose abajo: sus libros empezaron a tomar ese color amarillento de abandono; los cerotes, a ponerse duros; romas, leznas y chavetas; él, mustio y agrio.

Este cambio alertó a Pepita y decidió pedir ayuda:

-Por las mañanas, don Ramón, Juan se levanta amable, pero muy nervioso, -siguió Pepita, conteniendo sus lágrimas-; hasta que no visita al Cerreño, no se sosiega; después sigue dando paseos al bar y es entonces, don Ramón, cuando se excita más.

Pepita rompe a llorar y, sin poderlo evitar, susurra: "antes me mimaba día y noche; ahora, unas veces me rehúye y otras, brusco, me da la espalda".

A don Ramón no le había dado tiempo de ser cortés con Pepita. A él le hubiese gustado hacerla pasar a su cuarto de estudio y haberle ofrecido asiento, pero los nervios de la joven, a flor de piel, no se lo permitieron. Don Ramón, en medio del salón, está recibiendo un duro golpe. Él, bien sabía ya el desinterés al que había llegado su alumno por los libros, mas esto era peor; mucho peor.

Pepita, como deseando terminar cuanto antes,

hablaba sin otorgar un respiro a don Ramón. Por otro lado, Pepita mezclaba un cierto tono de súplica; Pepita estaba pidiendo ayuda:

-¡Hable usted con él, don Ramón! ¡Hable usted con él!
-concluyó Pepita.

Y, sin oportunidad a respuesta alguna, cuando don Ramón se ha dado cuenta, está solo en la casa.

Que Juan Gañafote admiraba y quería a su maestro era evidente. Además, a Juan Gañafote le gustaba vocearlo:

-Don Ramón, para mí -llegaba a decir siempre que tenía ocasión-, es como mi padre; es mi padre mismo.

Por eso, aquel día en que don Ramón lo mandó a llamar tras la visita de Pepita, no tardó en llegar ni en acatar, sumiso, cuanto don Ramón le soltó:

-¡No eres valiente, Gañafote! ¡Hay que tener más agallas! Si no pudiste con la ciudad la primera vez, ¡vuelve a intentarlo! Tú, ¡bien conoces la confianza que todos hemos puesto en ti!, ¡no defraudes!

Juan Gañafote, bastante más alto y fornido ya que don Ramón, asentía y aguantaba el chaparrón, agradeciendo quizá cuanto tenía que agradecer.

-¡Déjate de copas! ¡Solo traen desgracias y **es difícil salir de ellas!** ¡Déjate de copas y guitarras y encárate de nuevo a la vida! **¡No seas cobarde!** -añadió don Ramón.

En este momento, Juan Gañafote esboza una leve sonrisa irónica y don Ramón, turbado, bajó un tanto la cabeza:

El Cerro, a cuya pedanía pertenece Los Montes, se desplaza, cada primavera, hasta el monasterio en honor de su Patrón. Aquel año don Ramón no se limitó a ver pasar a los romeros a la altura del cantón de tío Diego; aquel año, don Ramón se llegó hasta el mismo monasterio y correteó de un lado para otro.

Ese año don Ramón admiró, a placer, el arte románico del claustro y la Puerta de las Vírgenes; el colorido de las jamugueras y la Danza de Lanzaores; el Baile del Poleo y las Folías; y admiró, don Ramón, ese año también, al compás de la gaita y el tambor, los fandangos cerreños. Ese año don Ramón llegó a convenirse que El Cerro, amén de ser andaluz de pura cepa, no tiene menos de raíces castellanas.

Don Ramón, ese año, llegó a probar la ensalada de orégano y el caldo del puchero; ese caldo,

con vino y yerbabuena, que aclara las gargantas roncadas de los cantes al relente y mantienen, en un ten con ten, las copas y las resacas.

Ese día, cuanto hay se reparte, en los soportales que rodean al monasterio, a manos llenas.

-¡Una copita, don Ramón! -le ofrecían unos.

-¡Por San Benito, don Ramón! -le ofrecían otros, pasándole el vaso.

Y, don Ramón, más por complacer que por ganas, llegó a tomar tantas copas como se terciaron. Ese día, don Ramón lloró su borrachera y habló de más cuanto de más hablan los borrachos:

-¡Gañafote!, tienes que saber -contaba a su alumno, recostado sobre un lutón- que, en su día, tuve un gran amor; ¡el gran amor de mi vida!; ¡él único amor de mi vida!

Las palabras de don Ramón, entre hipos y salivas, van saliendo gangosas.

-¡De piel morena! -continúa don Ramón-; ¡de labios gruesos!; ¡de ojos negros!, ¡profundamente negros! Ahora, después de tanto tiempo, no recuerdo muy bien

su piel, ni sus labios, ni sus ojos; pero su mirada ¡sí!; su mirada está en mí; su mirada no ha llegado nunca a apartarse de mí. Ya te ensañaré, Gañafote, esa fotografía que tengo por algún cajón...

Juan Gañafote, atónito, guarda un profundo silencio, atento a las revelaciones de su maestro. Este, después de hipar muchas veces, convierte su monólogo en un diálogo:

-¿Que qué hice?

-¡Encerrarme en Los Montes! ¡Sí, encerrarme en Los Montes! ¡Portarme como un cobarde!

*Ahora para Juan Gañafote, apático, no vale la pena esfuerzo alguno. Las palabras de don Ramón, tras la visita de Pepita, le han resbalado; es más, parece como si con ellas se hubiese liberado; como si con ese silencio al chaparrón recibido, hubiese pagado todo cuanto debiera a su maestro. También, el desacierto de don Ramón al refrescar **con una sola palabra** las **revelaciones** que le hiciera con sus copas, le ha servido a Juan Gañafote para afianzar su rebeldía. Si antes daba tres puntadas y leía un capítulo de lo que fuese,*

ahora da tres puntadas y se toma una copa de lo que sea. Cuando, a media mañana, ha visitado varias veces el mismo mostrador, saca cualquier pretexto para ir a la tiendecilla de Benita y, de camino, apurar otra copa. Por las tardes se queda sin tachuelas, o sin cáñamo, o sin cerote y se larga para abastecerse hasta Rubias o Tarsis donde, en uno u otro sitio, no le queda altar alguno por recorrer. Por último para completar la jornada, echa un rato en la choza de tío Diego; aquí, en la choza, nunca le llega a faltar la lata de vino ni ese aprendizaje de liar picaduras de cuarterón en el que se está haciendo un buen alfayate.

Cierta madrugada, aciaga, Pepita no pudo saber de dónde traía sus pasos Juan Gañafote, pero se lo imaginaba. Tharsis, de cuarteles y casillas a sus alas, es una pedanía al igual que Los Montes, sin embargo, llegaba a tener, por sus minas, forma y nivel de vida distintos. En la aldea es el canto del gallo el que, a horas fijas, viene levantando y acostando al vecindario. En La Mina, es el pitido de la vaca el que levanta y acuesta a cualquier hora del día o de la noche. En la aldea, hay horas para el trabajo, horas para la familia y

horas para la tasca. En La Mina, no; en La Mina, si un ascensor sube, otro baja; si se apaga un foco, se enciende otro; y el casino, que no tasca, siempre tiene sus puertas abiertas. Tarsis llegó a ser un buen refugio para Juan Gañafote.

Cabezas Rubias, Rubias a secas para todos, es el otro refugio, la otra querencia de Gañafote. Rubias, al norte, no tiene cuarteles ni casillas como Tharsis; Rubias tiene esas casas de dos puertas: la de la calle y la del corral. En Rubias resalta, y sobre todo para Juan Gañafote, el cuartel en una punta y, en el centro, la espadaña de la Iglesia. El que en Los Montes no hubiese ni lo uno ni lo otro, pudiera ser el motivo que tanto le llamasen la atención. A Juan Gañafote, también le embelesaba mucho observar, en lo alto de la iglesia, las mañas de las pobres cigüeñas al tener que empalillar, como empalillaban, en una pared tan angosta.

Que viniera de un lado u otro, como si se había parado o no en el bujío de tío Diego, daba igual; lo cierto es que aquella madrugada, aquella madrugada aciaga, Juan Gañafote regresó de su escampavía como un

autómata. Se notaba que había trocheado bien por entre matojos; embarrado y embadurnado de pez de jara hasta los ojos, entró en casa dando bandazos de un lado a otro.

Antes siempre había guardado las apariencias; últimamente, no; últimamente, Juan Gañafote, no solo no guarda las apariencias, sino que parece disfrutar con todo lo contrario. Juan Gañafote esta noche ha entrado en casa con voces y portazos, rompiendo el silencio de la Aldea. Pepita, que esperaba en el rescoldo, se ha levantado precipitadamente con el corazón en un puño, mientras Juan Gañafote, midiendo la casa, ha conseguido llegar hasta el comedor.

-¿A quién esperas, coño, a estas horas? ¿Al viejo?
-grita Juan Gañafote a Pepita- Ahora -continúa- le gustan los viejos; ahora le gusta hasta el viejo maestro. Las miradas delatan deseos y, a veces, esas miradas son peores que los mismos hechos; a ti siempre te delató tu mirada.

Pepita es una estatua en medio del comedor; Juan Gañafote da trancadas y más trancadas.

-Entras y sales de su casa -sigue Gañafote- como si fuera la tuya, ¿no? La gente me mira y noto que algo me dice a la cara. Pero me da igual; ¡igual! Mi vida es mía, así que tú haz lo que quieras con la tuya.

Juan Gañafote se va hasta el cuartito que hizo para Pepita y del cacharro que tenía como cisterna, saca una botella y se la empuarra, mientras masculla: puta la madre, puta la hija y puta la casa que las cobija.

Esa noche Juan Gañafote ha tiritado cuanto se puede tiritar, ha roncado cuanto se puede roncar y gritado cuanto se puede gritar:

-¡Los bichos! ¡Los bichos, no! -grita una y otra vez, mientras mira horrorizado los palos del techo- ¡La osa! ¡La osa, no! -seguía gritando cuando miraba a Pepita.

A la mañana siguiente, sin recordar un ápice lo de la noche anterior, se encontraba en el Cerreño tararea que tararea el mismo fandango:

*Yo me senté en una piedra
Por no tener donde sentarme,
La piedra al verme tan pobre
Se rompió por no aguantarme.*

El alcohol está destrozando a Juan Gañafote. Antes, Juan Gañafote, irradiaba simpatía de forma natural; ahora, si lo intenta, alguna que otra vez, no lo consigue. Este Juan Gañafote no es el Juan Gañafote de antes; con este, todo lo bueno de aquel se ha ido al garete. Por otro lado su cara aupada, sus ojos sanguinolentos, su abultado estómago, todo unido a un cierto bamboleo de ciática, le impiden ser el que fue. Aquellos "buenos días", aquellos "adiós", aquellos "hasta luego", cargados de vida, se han convertido en unos fríos "vamos", cuando no en ese lánguido sonsonete: "Pobre del hombre que es pobre". El día que llegó a oídos de don Ramón este peculiar saludo, no pudo menos que remontarse a aquella carta que recibiera de su alumno:

Maestro:

No sabe usted cuánto me cuesta tener que darle esta noticia, pero no puedo más. La ciudad me asfixia. Me asfixian estos humos negros; me asfixian estos húmedos olores de marismas; me asfixian los ruidos; me asfixian estos pisos sin aire ni luz; me asfixia todo. Por las tardes por correr de estos

humos, por correr de estos olores, por correr de los ruidos, por correr de estos pisos, por correr de todo, subo hasta el Conquero. Desde allí, miro al sur y la bruma envuelve cuanto hay; miro al norte y allá, a lo lejos, vislumbro nuestro Andévalo. Y ¡qué diferencia!... ¡En los mismos cabezos! Este de aquí, blandengue; ese de ahí, recio. Y, como esto, lo es todo. La mujer, aquí, tan blandengue como el Conquero; ahí, tan recia como el Andévalo, como nuestro Andévalo. El resto de la gente viene siendo igual; siempre con prisas y sin mirarse siquiera. Ahí, en nuestra Aldea, es distinto; ahí pasan pocos, sin embargo, no hace falta levantarse del banquillo para uno estar hablando todo el día. Don Ramón, "yo no cambio mi banquillo por la ciudad"...

Sí, en aquella frase de entonces: "No cambio mi banquillo por la ciudad", don Ramón veía que la ciudad era muy grande para su aldeano. En esta de ahora: "Pobre del hombre que es pobre!", don Ramón no dejaba de ver que la aldea se había quedado pequeña..., muy pequeña para su alumno.

EVACACION SEXTA

Un precipitado alboroto en la calle, ha hecho sobresaltar a don Ramón. Ha salido hasta el umbral de la puerta. Las mujeres, solteando riscos y dando ayes, corren agitadas calle abajo; los niños, que esperaban la primera clase del nuevo curso, vuelan como bandada de gorriones espantados en la misma dirección. A lo lejos el ruido bronco de un motor empieza a expandirse por toda la aldea. Don Ramón se desploma sobre el quicio mientras un sudor frío le baña el cuerpo; los malos presentimientos del pedáneo, teme don Ramón lleguen a consumarse. Sí, el pedáneo, quizá por esa fuerza que da el tener autoridad, era el único que había abordado el tema, dos meses atrás, cara a cara con don Ramón:

Como la casa de don Ramón no hay otra en Los Montes ni fuera de Los Montes. La casa de don Ramón es un salón pequeño; mejor, un zaguán grande del que parten cuatro cuartitos; dos a cada lado. A la izquierda está su cama en un uno; en otro, sin luz alguna del exterior, una palangana, la maleta de cartón y algunos zapatos desperdigados. A la derecha una mesa y libros en el primero; en el segundo, un viejo anafre. Y al fondo una puerta da a un estercolero donde una higuera, entre altas paredes de piedra, crece más como pino que como higuera misma.

Aquel día don Ramón estaba entre sus libros cuando el pedáneo porreó la puerta y entró:

-¡Buenas tardes, don Ramón! -dijo el pedáneo.

-¡Buenas tardes, Pepe! -contestó don Ramón.

El pedáneo había estado esperando que los niños salieran y se alejaran de la escuela con los gritos propios de las vacaciones, y que don Ramón entrara en casa.

-Don Ramón, Gañafote nos tiene preocupado; ¡anda mal!
-empezó el pedáneo- por eso, he querido, antes que usted se marchara este verano, hablar sobre él por si se pudiera remediar algo.

-¡De Gañafote? -exclama o pregunta don Ramón con un cierto deje de pena.

-Todos sabemos cuánto ha hecho usted por él, pero... ¡quizá no se lo mereciera! ¡Es desagradecido!

-¡No!, desagradecido ¡no! Solo está pasando un mal momento -contesta don Ramón.

-Usted está encerrado entre su escuela y su casa y no sabe de la misa la mitad -dice el pedáneo, alzando un tanto la voz- Aquí, en la aldea, -continúa el pedáneo-, Gañafote siempre ha intentado guardar el porte, pero donde hay que conocerlo es fuera, fuera de la aldea o en familia; ¿no sabe usted que señor Antonio se va muchas veces de su misma casa por no enfrentarse

a él?

-¡Está enfermo! ¡Gañafote está enfermo! -repite don Ramón.

-Don Ramón, quisiera hablarle claro por una vez; aunque sufra, porque sé que va a sufrir, pero estoy obligado a hacerlo: Gañafote está alcoholizado; y, hasta tal punto que, en Rubias, cierta madrugada, tomó alcohol puro. Primero, según cuentan, estuvo postrado a la puerta de la Iglesia y que, con sus manos crispadas, la porreaba mientras, entre sollozos, gritaba: **"¡Señor, ayúdame! ¡Ayúdame, Señor!"**... Después al amanecer, en el rincón de una calleja, llegó al delírium; a cuantos se le acercaban, los veía como si fueran animales, como si fueran bichos raros...

-¡Está enfermo! ¡Gañafote está enfermo! -repite don Ramón.

-Se nos morirá; si no hinchado en alguna cama de cuidados, será con su mente perdida por entre las encinas...

El pedáneo ha dejado de hablar y parece como si se hubiese desahogado.

-Quizá yo tenga mi parte de culpa; posiblemente, lo

instruí más que lo formé. ¡Debemos ayudarle! -añade don Ramón.

-No se inculpe; nuestra aldea parece estar en un pozo; resultan vanos todos los esfuerzos -apostilla el pedáneo-. Yo hablé con Gañafote, pero como si hubiese hablado con la pared; apenas me escuchó; apenas intentó escucharme -remató.

Ahora se hace un profundo silencio entre los dos; un silencio que podía oírse por todos los rincones de la casa.

*Al poco en un tono más apagado, sigue el pedáneo: -¡Se está matando! A veces pienso que esa es su única obsesión; parece como si buscara su muerte a ultranza. El día que le hablé, llegó a decirme: "**yo no me pertenezco; pertenezco al maestro y te pertenezco a ti; yo pertenezco a la aldea entera; y contra esa pertenencia, lucharé a vida o muerte si es necesario**". Don Ramón, Gañafote rumia recelos...*

Tras marcharse el pedáneo, don Ramón se echó a la calle. Llevaba, es cierto, mucho tiempo de hurón, pero hoy tenía que salir; hoy, al menos, tenía que despedirse de los amigos como siempre lo había hecho:

Cuando Sebastián vio llegar a don Ramón, soltó cabos y lezna y, sacudiéndose el mandil, facilitó la entrada al maestro hasta el mismo comedor; hoy no era un día de banquillo. Señora Juana dejó su hornilla y tomando las manos de don Ramón las apretaba y besaba. -No quería marcharme sin decir adiós -dijo don Ramón.

De pie, los tres solos, se miraban en medio de la estancia. Esa estancia en la que, en otro tiempo, tanto se había hablado, tanto jugado y cantado. Antes un tinte de alegría lo bañaba todo. Ahora, no; ahora cuanto hay se ve en toda su realidad; ahora, a un lado, se deja ver, en la alacena, el color meloso de las tiselas¹ y, a los pies de estas, el barro desbocado en la vieja cantarera; a otro, en una lámina apaisada, el huerto de los Olivos; y, al fondo, la bocaza negra del almirez en el pretil de la chimenea.

-¡Don Ramón...! -saluda la mujer con apenas un hilo de voz.

Después sin mediar palabra alguna, mantienen los tres una entrañable conversación con sus miradas:

1 Tisela.- Taza de barro.

-¡Habla ya, maestro! ¡Llora ya, mujer! -intenta decir Sebastián con sus ojos chispeantes.

-¡No! ¡No hables, maestro!... ¿Llorar?, ya no quedan lágrimas -parece contestar la mujer al marido con su mirada.

Entre tanto los ojos de don Ramón, rotos, solo saben decir:

-¡Enfermo! ¡Está enfermo!

Por la puerta de los padres de Pepita, siempre de par en par, nunca dejó de salir el efluvio de la casa: del zaguán, ese olor a limpio de zapatos a estrenar, barnices y albahacas; del comedor, el vaho de los tabefes; del corral, el aroma del azahar y la colada. Hoy, sin embargo, no sale, no puede salir efluvio alguno. Hoy don Ramón ha tenido que desencajar el postigo y quitar la tranca. Josefa ha corrido al pasillo y, con la manos por visera, ha soltado su "¿Quién va?".

-¡Gente de paz! - ha contestado don Ramón.

¡Oh, don Ramón! ¡Pase usted, don Ramón! -exclama Josefa- ¡Pepita, Pepita... e.s don Ramón! ¡Antonio,

es don Ramón! -grita la mujer hacia el corral, mientras suelta su delantal en el taburete del entremijo.

Pepita, demedrada, va tocada con pañuelo oscuro; Pepita ha envejecido. Señor Antonio, con una medio reverencia, ha extedido su mano encallada; en su frente las arrugas forman hondos surcos entrecruzados. De los tres, Josefa es quien mantiene, por su menester quizás, la piel más tersa y blanca.

Si en casa de Sebastián siempre fue el sosiego lo que lo envolvió todo, aquí en casa de señor Antonio, lo fueron siempre los olores; mas hoy, desvanecidos, van dejando entrever, en la penumbra, de una vara de calistro² seco, colgada del techo, ristres de ajos, de tomates y pimientos arracimados, cubiertos de telarañas, y un par de longanizas sin pringue alguna. En una repisa, junto al entremijo, un cartujo descapuchado extiende su puntero sobre el buen tiempo mientras, de reojos, mira al zaragozano; aquí, en este rincón, señor Antonio dio siempre, entre cálculos y cábalas, principio y fin a sus barbecheras. Después, en el rebujo del chinero, destaca un barquino de piel

2 Calistro.- Eucalipto.

sobada y el curvo pivote de una calabaza de peregrino.

Pepita, apoyando su frente sobre el pecho de don Ramón, ha roto a llorar.

-¡Don Ramón!... ¿Qué le pasa a Juan, don Ramón? ¿Qué le pasa a Juan? -Pepita, trémula, repite una y otra vez.

Pepita solloza; Josefa clava su mirada en el maestro, esperando respuesta.

-¡Qué le va a pasar, coño, que está como una cuba las veinticuatro horas del día! -levanta la voz señor Antonio, perdiendo esa medida que siempre le caracterizó.

-¡Que está enfermo, hija! ¡Juan está enfermo! -dice don Ramón, pasando por alto las palabras de señor Antonio.

- ¿Enfermo? ¡Enfermo!... ¡Mirad esa lata que cuelga en el retrete!... ¡Para agua decía!... ¡Para agua!... ¡Para esconder botellas! ¡Mirad, mirad si queréis! -añade señor Antonio.

-Don Ramón, ¿qué le pasa a Juan? ¿Qué le pasa a Juan, don Ramón? -repite Pepita.

-¡Que está enfermo, hija! ¡Juan está enfermo! -concluye don Ramón.

Los hombres ya tomaban el .fresco a la puerta del bar. Entre ellos, con un chapero pajizo en negro moteado, tío Diego, pomposo e inexhausto en su verborrea, tiene, en torno a él, al resto con la leche en los labios. A su llegada don Ramón pudo oír del advenedizo parte de sus dichos:

-...por lo que le va bien lo de "zapatero a tus zapatos" o aquello de "el que nace lechón, muere cochino".

Don Ramón, de pie de pie, hizo su última parada: -¡Señores, hasta siempre! -dijo don Ramón. -¡Hasta siempre, don Ramón! -se oyó casi a coro, mientras se levantaban unos y otros hacían lo mismo, destocándose a la vez.

José, todas las tardes, tan pronto empieza a dar la sombra a la puerta de su bar, riega la tierra con un cubillo. Después saca el par de veladores y las cuatro o cinco sillas y, espatarracado y con un palillo entre los dientes, espera a los parroquianos. Cuando llega uno, José sigue tranquilo hurgándose hasta que llegue alguno más; entonces, y no antes, se levanta y trae en la bandeja, coja a la par que él, su copa a cada uno.

Aquella tarde también Santiago y Antoñillo se encontraban allí. Don Ramón, ignorando a tío Diego, les

dio la mano a todos, sin embargo, a Santiago y a Antoñillo, les dio un abrazo a cada uno:

-¡Ayúdale! -le dijo al oído a Santiago, mientras le abrazaba.

Y a Antoñillo, mientras le abrazaba, le dijo al oído:

-¡Ayúdale!

E V O C A C I O N S E P T I M A

El ruido del motor ha vuelto a sonar y a desaparecer allá por el bohío de tío Diego. Un gongo, que intenta imitar dobles, toca agonía. Don Ramón se decide a andar; le cuesta; lleva a sus espaldas el peso de sus treinta años de aldea. De casa de señor Antonio sale el murmullo de un padrenuestro y corre lentamente por los rochos de la calle de en medio. La puerta está abierta; de par en par como lo estuvo siempre muchos años atrás. Don Ramón sube el umbral y, en él, se queda inmóvil; las mujeres, apretujadas en la colá, le impiden el paso. Se oye un grito:

-¡Ay, don Ramón! ¡Qué pena don Ramón!

Sí, allá en el comedor, la plañidera, que está al tanto de todo, ha tomado buena posición y ella sola lleva el peso del duelo; ella empieza los rezos y ella los termina; ella da principio al llanto y ella, y sólo ella, lo finaliza.

-¡Ay, don Ramón! ¡Qué pena, don Ramón! -se oye, por algún rincón, el eco de la llorona.

-¡Ya está en el Cielo! ¡Ha subido como un suspiro!

-eleva la voz la mujer.

Y el susurro de un coro repite:

-¡Ya está en el Cielo! ¡Ha subido como un suspiro!

Después la mujer llora y, a su llanto, la casa toda corre en lágrima.

Don Ramón, en el umbral, está percibiendo, una vez más, el efluvio de la casa. Sin embargo, en esta ocasión, no es el de los zapatos a estrenar, ni el de los barnices, ni el de las albahacas; ¡no!; ni es tampoco el de los tabefes, ni el del azahar o la colada; ¡no!; hoy, el efluvio de la casa viene cargado de un tufillo que despide; hoy el efluvio de la casa procede de emanaciones de un cuerpo putrefacto, de emanaciones de vestidos y velos negros alcanforados, de alientos, de sudores, de ceras, ...

Como puede, llega hasta el comedor. Allí, en los medios, en una caja sobre el suelo, yerto, Juan Gañaforte. Le tienen ese traje oscuro con el que un día se casó; ese traje oscuro con el que un día viajó a la ciudad. Sus manos sobre el pecho y, sobre el pecho también, una cruz de flores; se ve que **ensartadas** hace ya muchos años. Un pañuelo blanco, anudado entre el crespo cabello negro, le corre por las sienes y le aprieta la barbilla, dejando su boca bien cerrada.

*Y allí, en los medios también, junto a él, se cubre Pepita la cara, señora Juana es una Dolorosa y Blanca, echada, olfatea la anilina del ataúd. Este olor, el de la anilina, traslada a don Ramón, de pie ante el féretro y con sus ojos entornados, hasta aquel tiempo en que su alumno preparaba los botellones. Recuerda, don Ramón, aquellos primeros "buenos días", aquel "¡ah, Gañafote! ¡Juan Gañafote!" o cuando gritaba "¡una cruz!, ¿quién quiere sacarlo?; ¡una cruz!, ¿quién quiere sacarlo?". Don Ramón, ahora, lo recuerda casi todo; recuerda, de su alumno, aquellos huesos que le estiraban su piel cetrina, su agilidad, sus ojos vivarachos; cuando emperifollado bajaba los rochos estiricado como un marqués; su boda, su marcha a la ciudad. Del resto, poco más recuerda nuestro maestro, bien porque su mente lo rechaza, bien porque, un tanto ya envejecido, solo le va quedando en su memoria lo de mucho tiempo atrás. Después, fijo en la cara lívida de su alumno, musita lo que este le balbuceara el día anterior: **"¡si se pudiera volver a empezar...!"**.*

Los hombres han entrado por la puerta falsa y, en corrillos, charlan por el corral; el rumor va mucho más allá del alero, que la atmósfera, cargada como

de tormenta, alarga y eterniza los sonidos. El calor sofoca, sin embargo, todos llevan esa chaqueta de los grandes acontecimientos: la de las bodas y la de los entierros. Sebastián tiene, además, en una de las mangas de la suya un brazalete negro.

Alguien, que había estado apostado, da la voz:

-¡Ya viene!

A esto los hombres abandonan el corral por la misma puerta por la que entraron y, unos juntos a otros, medio forman ante la principal. El cura, el cura de esa iglesia que tanto llamó siempre la atención a Juan Gañafote, se acerca entre zancadas y tropezones; a la zaga el monaguillo, con la lengua afuera, trae un buen repiqueteo con su hisopo en el acetre. En el mismo umbral, se reviste el cura; roquete y estola negra, y, desde el mismo umbral, asperges y paternóster. Después Santiago y Antoñillo toman las primeras asas de cuerda y trasladan el ataúd hasta la puerta.

Toda la aldea junto al féretro; junto al féretro de Juan Gañafote. Detrás, justo detrás del mismo, abatido, está Sebastián; a uno de sus brazos, se apoya Juana llorosa; al otro, llorosa también, Pepita.

Aterra el silencio y aterra la negrura de las nubes sobre la aldea. El cura echa a andar mientras se cubre con bonete y con el que parece dasafiar a la misma tormenta que se barrunta. Ahora, la plañidera grita y la aldea rompe a llorar.

Blanca, minada de reznos a punto de reventar, se defiende entre las

piernas de unos y otros. Don Ramón, por una esquina, va perdiendo pasos; hasta el mismo Cerreño le adelanta sin que, por los rochos, se le note la cojera.

Don Ramón no puede seguir; el murmullo de la comitiva se le pierde lentamente. En la calle, unas alúas, que van saliendo, negrean en las paredes encaladas, y algunas moscas pegajosas zumban dando vueltas como perdidas. Ni nada, ni nadie más; sólo hormigas, moscas y don Ramón.

Con la cabeza baja y sus manos en los bolsillos, don Ramón, abstraído, avanza entre dos luces. La culebrina de un rayo, que le ciega, hace saltar por los aires el bujío de tío Diego. Con el trueno llega una descarga de goterones; el olor a azufre y a tierra mojada lo invade todo. Don Ramón mira atrás y ve cómo unas llamitas, tras unos ventanucos, **luchan en vano** por agruparse y tomar fuerzas. Después don Ramón continúa su andadura entre una cortina de agua. Don Ramón se pierde; se perdió.